

Envidia

Requin



Capítulo 1

Ese bar era lo que muchos hubieran llamado "chapado a la antigua", tenía una puerta de madera, la que hacía sonar una campana cuando se abría; su interior y gran parte de su estructura era de madera de pino, material muy utilizado por la aristocracia de esta ciudad en tiempos antiguos. La ironía es que este material tan importante para la gente poderosa y con el cual todos ellos construyeron sus casas en una de las avenidas principales de la ciudad, era considerado basura. Era transportado como lastre en los barcos que venían desde el norte del continente para mantener su estabilidad, los que al volver a su origen, llevaban toneladas de un precioso mineral que era extraído en esta región dejando atrás la madera de pino.

Al ingresar al bar, lo primero que veía el cliente era una barra de cinco metros de largo de color caoba, lustrosa y equipada con cómodas sillas, lo que atraía mucho más que las mesas delicadamente montadas a su alrededor. Tras ella estaba yo, puliendo una de mis copas favoritas. De vino blanco. Mi hermana estaba en nuestra casa, a un par de cuadras del bar. Ese bar era uno de los negocios que dejaron nuestros padres cuando murieron. Preferí no venderlo, sino trabajar en él. Me gustaba ese lugar, recordaba cuando era niño y mi padre me servía limonada en una de esas copas. Me hacía sentir muy distinguido. Hermosos tiempos. Mi hermana era más apegada a mi madre. Estuvo con ella todo el tiempo, hasta que decidió suicidarse. Mi padre murió de un infarto poco después. Probablemente, los delirios de mi madre calaron tan profundo en la psique de mi hermana, que la volvieron tan excéntrica como era. La radio me sacó de mis recuerdos.

...Es un hermoso día en la ciudad, se recomienda el uso de protección solar, ya que los niveles de radiación Ultravioleta están en su límite más alto. Más información luego de la pausa comercial...

A las seis con treinta de la tarde entró una mujer, de estatura media, metro sesenta y cinco aproximadamente, curvilínea, cabello largo, lustroso y ondulado, maquillada con precisión. Su expresión de hartazgo contrastaba con su pulcro aspecto. Posé la copa sobre la barra en el puesto en el que esta mujer decidió sentarse.

—Buenas tardes, señorita —le dije—

—Buenas tardes —respondió ella, observando mi atuendo: una camisa negra con una corbata de moño de seda roja y un grueso delantal negro. Mi cabello oscuro peinado con los dedos hacia atrás, mis gafas redondas, un aspecto bastante discreto.

—¿Le gustaría una copa de vino blanco?, tenemos uno excelente que será agradable considerando este calor

—¿Cómo sabe que iba a pedir eso?

—Llevo un buen tiempo en este oficio. Sé cuándo una mujer está cansada luego de un día de trabajo duro y quiere deleitarse con algo tan grandioso

y complejo como un buen vino —le dije, mientras servía un Chardonnay Reserva bien frío en la copa recién pulida—.

—Gracias, no soy tan buena como usted para leer las intenciones de las personas, por lo que le advierto algo y espero que no lo tome a mal. No quiero que me coquettee, que me haga sentir bien conmigo misma ni nada por el estilo, cumpliré con mi parte del trato y le daré su propina completa, pero, por favor, déjeme descansar.

—Comprendo, ¿a qué se dedica?

—Soy enfermera

—¿Le desagrada su trabajo?

—Para nada, es muy satisfactorio, pero hoy viví una situación que raya en lo surrealista

—¿Me la contaría? Amo las historias

—Está bien. De todos modos, necesito contarle, de lo contrario, terminaré creyendo que lo imaginé.

Acercó la copa a sus labios, bebió un largo sorbo y luego suspiró

—Qué buen vino.

“Trabajo en uno de los hospitales de la ciudad, el del norte, en el servicio de traumatología, en el turno diurno. Esta mañana, el turno saliente, hizo la entrega de novedades como es habitual. Uno de los pacientes que fue ingresado durante la noche desde urgencias, había sido herido de bala en el muslo derecho. Esta atravesó el hueso provocando una fractura en el fémur. El fémur es el hueso que tenemos entre la cadera y la rodilla. La bala salió y la fractura se desplazó. El paciente fue operado de urgencia y debía permanecer hospitalizado unos días. Es un paciente que a la vez es policonsumista, es decir, consume diversas sustancias recreativas, sean legales o no, llegando al punto de volverse adicto. Vive en la calle.

Cualquiera pensaría que se sentiría cómodo por el hecho de dormir en una cama y bajo un techo, pero fue todo lo contrario, comenzó a gritarles a las enfermeras del turno nocturno, que quería más analgesia y que lo atendieran de forma urgente porque sentía dolor. Las enfermeras le explicaron que el doctor no había autorizado el incremento de la analgesia, ya que era una de las más fuertes y que la dosis administrada era más que suficiente para mantenerlo libre de dolor hasta el día siguiente. El tipo se enfureció, arrancó la vía intravenosa de su brazo y comenzó a insultar a todo el personal. Las enfermeras, por temor a recibir agresiones físicas, se negaron mediante declaración escrita en ficha a reinstalar la vía. El jefe de turno lo permitió por el hecho de que la analgesia había ingresado en su totalidad en el sistema de este paciente. Posterior a esto, comenzó a gritar que tenía hambre y que teníamos la obligación de atenderlo. Que era su derecho como paciente. Los otros pacientes de esa sala comenzaron a agredirlo verbalmente porque estaban hartos y ya estaba cerca la hora de dormir. Afortunadamente, lo hicieron callar, pero el sujeto, no conforme con la situación, se levantó la bata y apuntó. Orinó el suelo, evitando mojar la cama, porque imaginó lo que iba a suceder si orinaba la cama: una fuerte reprimenda del doctor por mojar los vendajes y una “leve” demora del personal auxiliar para ir a buscar más sábanas limpias.

“Mi colega estaba agotada cuando me entregó el turno. Me preparé para enfrentar a este hombre en el caso de ser necesario. Lo primero que hizo hoy fue dejar caer la leche del desayuno en el suelo. Supuestamente, se le había caído accidentalmente. Tuve que solicitar al personal de alimentación otro desayuno. Fueron muy comprensivos al dejar otra porción para él. Son muy cuidadosos con sus insumos y mermas. Hasta la hora del almuerzo todo había mejorado. En un par de días estaría de alta. Sin embargo, después de almorzar, el paciente dijo que quería irse. Le expliqué que al no estar de alta, únicamente le quedaba la opción de fugarse, lo que consiste en dejar el hospital voluntariamente y bajo su propia responsabilidad respecto a las posteriores consecuencias de irse sin haber terminado el tratamiento médico. Luego pidió muletas o una silla de ruedas para irse debido a que no podía caminar sin apoyo —¡una bala le atravesó la pierna por Dios!—. Cuando le informamos que al fugarse, el paciente debe retirarse por sus propios medios, enloqueció y comenzó a gritar “¡qué se creen imbéciles de mierda, soy un paciente, los voy a demandar por agresión, bastardos!”

“Bajó de la cama. Saltando sobre un pie, arrojó el edredón hospitalario al suelo y se sentó sobre él. Con las piernas extendidas, comenzó a arrastrarse hacia atrás, impulsándose con ambos brazos. No daba crédito a lo que estaba viendo. Intentamos acercarnos para levantarlo y nos amenazó con azotar su cabeza contra el suelo si le tocábamos un pelo. Llegó a la puerta y siguió arrastrándose por el pasillo; Llamamos a los guardias debido a que este paciente estaba atentando contra su propia seguridad y el escándalo estaba tomando proporciones descomunales. Los familiares de pacientes que esperaban a los médicos en los pasillos, sacaron sus teléfonos celulares para grabar la situación. El hombre se dio cuenta y también les lanzó novedosos improperios y amenazas para que dejaran de grabar—.

El alcohol relaja y desinhibe, pero lo que emborracha es la verdad. Muchas personas actúan distinto con solamente una copa en su sistema, debido a su creencia, más bien, excusa: “estaba ebrio, por eso me comporté de ese modo”. Mi querida nueva amiga estaba en esa etapa. No estaba ebria en lo absoluto, pero el contexto hizo que se relajase y me contara una historia bastante ridícula. En un lugar casi vacío, seguro, con un desconocido a quien le pagaban por conversar y ser discreto, además de proveer alcohol. ¿Se hubiera sentido mejor sabiendo que esa bala fue puesta ahí a propósito por nuestro Igor? Le robó el bolso a mi hermana y la golpeó. A su vez, si mi hermana hubiese sabido la humillación de este tipo para fugarse del hospital, se hubiera regodeado. La vida es extraña. Precisamente le iba a pedir a Igor que fuera a averiguar si el tipo estaba muerto o no. Era bueno saber que no lo habíamos matado.

Continuó con su relato: “¿Sabes?, en el fondo me alegró que ese paciente decidiera irse, era un dolor de culo. Demandante, desagradable y lo peor de todo, se comportaba como un rey y todos sabíamos que vivía como indigente. Él sabía que teníamos la obligación de atenderlo, y lo aproveché al máximo. Me gustó verlo tan humillado. De todas maneras estaba actuando como una víctima, así que más que humillado, hizo el ridículo

del año. Se veía patético y se estaba comportando como lo que realmente era: un parásito que se arrastra por el suelo y consume los bienes y servicios de otros. Las políticas de nuestro país brindan atención médica a todos, independiente de si tienen o no seguro médico, lo cual está bastante bien en la mayoría de los casos, nadie debe sufrir problemas de salud por no tener dinero, pero la realidad es que diariamente muchas personas abusan del sistema. Solo llevo un par de años en este trabajo y he visto de todo, permíteme contarte algo más; una vez, un tipo llegó para un reemplazo total de rodilla, poco tiempo después de su alta médica, volvió con su herida operatoria infectada. Requería hospitalización debido a que era una bacteria con multirresistencia, es decir, que sobrevive a la mayoría de los antibióticos. Su tratamiento debía ser vigilado estrictamente por el equipo y con un antibiótico muy fuerte. El paciente no mejoraba, la infección permanecía, se probaron distintos métodos, y cada vez que notábamos una mejoría e íbamos a darlo de alta, se le infectaba otra vez. El factor común de cada análisis de la herida, era que contenía bacterias de origen fecal. Nadie se explicaba cómo llegaron restos de materia fecal a una herida de rodilla, ya que el paciente era asistido para defecar y para bañarse, y los protocolos se respetaron todo el tiempo. Después de seis meses de hospitalización y por casualidad, durante el turno de noche, uno de los enfermeros hacía su ronda habitual, pero esa noche decidió comenzar por la última cama y quince minutos antes, por ende, no llegaría a la habitación de este paciente desde la dirección habitual. Mi colega se acercó desde el otro lado y lo oyó quejarse, se asomó por la ventana y lo vio. Sus compañeros de sala estaban dormidos, por lo que corrió su sábana, se acostó de lado, se metió el dedo en el ano —su trasero daba a la ventana, por lo cual mi colega estaba seguro de lo que había visto— y luego lo metió en el vendaje. El tipo infectaba su herida adrede para mantenerse hospitalizado y no trabajar, ya que al estar contratado y con licencia médica, le pagaban su sueldo de todos modos. El enfermero iba a ingresar a la sala para reprenderlo cuando llegó el médico y le pidió la ficha de otro paciente. Este le contó al médico la situación y llegaron a un acuerdo. Iban a darle un susto porque no había forma de demostrar que el paciente mantuvo su herida infectada todos estos meses, y esta estrategia, de no funcionar, no tendría consecuencias. Eran las seis de la mañana. El médico continuó con sus rondas, previo a esto le pidió al enfermero que no le dijera nada al paciente hasta que él llegara. Volvió a las ocho de la mañana y pasó directo a ver al paciente en cuestión, ya que lo tenía asignado desde el inicio y conocía el caso. Revisó los nuevos exámenes, la ficha y se acercó a informar al paciente cuál era el estado de avance de su tratamiento. Le dijo que lamentablemente su herida seguía infectada y que tratarían de eliminar la infección con la última alternativa posible de antibioterapia. Si este último tratamiento no funcionaba, se verían en la obligación de, en un mediano plazo, amputar la pierna, debido a que, si la infección seguía avanzando, los tejidos se verían seriamente comprometidos tanto en estructura como en funcionalidad, además de poner en riesgo su vida. Todo esto era cierto, de hecho, era precisamente

lo que el médico iba a informarle al paciente, con la diferencia de que quedaban tres antibióticos a los que la infección era sensible, por lo que fácilmente el paciente iba a estar hospitalizado dos meses más; eliminando el nuevo contexto, el médico no estaba mintiendo. Quince días después, nuestro paciente estrella se iba de alta. Con su cuerpo completo y no más que una cicatriz en la pierna. Al ser una situación anormal, era un secreto, por lo que todo el personal clínico del servicio se enteró. No te rías, esto es verdad, tengo varias historias ridículas, pero son ciertas porque las viví.”

Mi nueva querida amiga ya había bebido media botella de vino y creo que me estaba viendo más atractivo, ya que desabrochó el segundo botón de su blusa, lo que me permitió ver la profunda línea que se formaba entre ese par de pechos que ansiaba exprimir. Agradecí tener puesto un delantal, ya que me ayudó a ocultar una erección monumental. De los demás clientes, no de ella. —¿Te dan tiempo de descanso?— dijo mientras miraba mi entrepierna. Sabía perfectamente a qué venía esa pregunta. Esta fiera, era intensa en todo el sentido de la palabra. Estaba en el punto en el que le importaba una mierda todo lo que no fueran sus deseos, en una edad en la que comprendía que un polvo era solo un polvo y suficientemente sobria para tener pleno control y conciencia de sí misma y de sus actos.

—Tengo una hora a las ocho —eran las 19:45-

—Salud por eso— dijo ofreciéndome un poco del vino que quedaba en su copa, la giró de modo que la marca de su labial estaba frente a mí. Bebí de esa mancha sin dejar de mirarla, haciéndola sentir que la besaba y solamente nosotros lo sabíamos. Sonrió discretamente, y ambos entendimos que con ese sorbo de vino el trato estaba cerrado. Ninguno requería más insinuaciones.

—¿Me sirves otra copa? Y me das la cuenta por favor—.

Hice lo que me pidió, bebió su vino en silencio y me ignoró todo el tiempo que quedaba para mi descanso. Al ponerse de pie, susurró “Hotel Verdi, te dejaré un mensaje en la recepción, pregunta por la señorita Leila Astudelle”. Dejó una propina generosa y se marchó sin mirarme. Al ver cómo se movía esa mujer pensé: “Creo que tardaré más de una hora”. Saqué mi móvil y llamé al primer contacto de mi lista.

—Necesito que me cubras, tengo un compromiso inesperado hoy.

—Voy para allá, ¿tardarás lo que resta del turno?

—Sí

—Bien, me debes una.

En menos de cinco minutos llegó mi reemplazo, me quité el delantal, las gafas, la corbata, y fui a mi encuentro con Leila.

Me acercaba a la recepción y cuando la encargada me clavó los ojos, deduje que Leila iba allí con frecuencia y que la encargada la conocía, por lo que estaba evaluando la “cena” de su amiga enfermera. Me sonrió. Subí al cuarto 804 y golpeé dos veces, Leila abrió la puerta, tenía únicamente la blusa puesta, la miré de la cabeza a los pies —uñas rojas, por supuesto— y entré. No dijimos palabra, solamente nos miramos a los ojos. Di un par de pasos, ella retrocedió sujetándose por el cinturón

hasta que llegamos al borde de la cama.

Luego de que la magia ocurriera, me quedé unos minutos tendido a su lado. Ella no quería abrazarme, ni yo a ella, pero luego de reponerse, continuamos teniendo sexo como si fuera el último día de nuestras vidas. Llegamos a un punto en el que ella estaba más que satisfecha y al acabar por última vez, se acostó y me dio la espalda. Era el momento de irme.

—Eres una delicia mujer

—Tú también lo eres cariño, si te interesa mantener esto de este modo, puedes dejar tu número en recepción

—Está bien, adiós

—Adiós

No iba a dejarle mi número, ya que no volveríamos a vernos, ella no entraría al bar otra vez, aunque estuviera frente a él. Y si fuera nuevamente, mi celosa hermana la mataría. Literalmente.

Mi hermano volvió tarde, pero no durmió con ella. Me alegré. Me molestaba mucho que trajera el olor de la piel de otras mujeres. Se me antojaba una crueldad si luego venía a dormir conmigo. Él era muy reservado con sus encuentros casuales y todo lo que sucedía después. Por eso decidí cubrir su turno esa noche.

Se veía exhausto, esa mujer era una fiera. Se acostó a mi lado porque nos gustaba compartir la cama. Había tomado una ducha. Muy considerado.

—¿Cómo se llama? —pregunté—

—Leila

—¿es bonita?

—Mucho

—¿Es grande?

—Solo un poco más alta que tú

—No me mientas, todas son mucho más altas que yo

—No quiero que sepas más de ella, si te obsesionas con ella terminaremos discutiendo

—¿Tiene el trasero grande?

Con la boca hecha agua, me dijo "lo tiene".

Me abrazó. Mejor dicho, envolvió mi cuerpo con el suyo. Él medía un metro con noventa, yo un metro con cuarenta y cinco, nos veíamos francamente ridículos de pie uno junto al otro. Éramos gemelos.

Irónicamente, alguna vez fui la dominante, únicamente porque él me lo permitió; un tiempo cargó con la culpa de "no haberme dejado crecer" en la matriz de nuestra madre. Como si esa decisión hubiera sido suya.

Intenté hasta el cansancio sacar esa idea de su cabeza, pero no lo logré, hasta aquella vez que lo hice enojar tanto que me golpeó. Desde entonces se veía mucho más relajado, como si hubiera quitado un gran peso de sus hombros.

Sabía lo que pensaba: "ella me faltó el respeto, ya no le debo nada".

Nunca más me volvió a golpear.

Yo quería tener un cuerpo alargado, de caderas anchas y pechos que llenaran la boca de un hombre. Quería cortar mi cabello sin parecer un

niño idiota. Sentía muchos celos de las mujeres que se acostaban con mi hermano, principalmente porque ellas tenían el cuerpo que yo quería y porque él las penetraba. Le pedí muchas veces que lo hiciera. Desde que me golpeó y retomó su posición de Alfa, nunca más se lo pedí. No respondió a mi pregunta más importante, la que grité furiosa aquel día: "¿no quieres penetrarme porque sientes que debes respetar los estándares morales actuales y ves el incesto como algo malo o simplemente porque parezco una maldita niña?" Me miró de frente, dio un paso atrás y me golpeó la mandíbula con el revés de la mano con tal fuerza que mi vista se nubló y no sentí cuando caí al suelo. Recuerdo que se agachó, tomó mi cara —puede que estuviera revisando que estuviera viva— con la misma mano con la que me había golpeado y me dijo casi en un suspiro, con los ojos llenos de un odio desconocido para mí: "Si vuelves a decir esa estupidez, te quebraré cada dedo mientras miras ¿entendido?" Era tal mi terror y sorpresa que asentí. Me apretó las mejillas con los dedos y volvió a preguntar "¿entendido?", entre tanto dolor y miedo, apenas pude articular "sí". Me dejó caer al suelo y me dejó ahí hasta que pude levantarme sola. La mitad de mi cara tenía un hematoma que en mí se veía enorme. Cinco horas después de haberme golpeado llegó nuestro médico. Mi cara parecía una cosa deforme debido a la inflamación. El médico me revisó y confirmó que no había fractura ni pérdida de piezas dentales, vio la súplica en mi rostro y me dijo "tu hermano me indicó expresamente, no administrarte analgésicos o antiinflamatorios". Se marchó cerrando la puerta tras de sí. Pasé una semana encerrada en mi cuarto para que nadie me viera —estaba segura de que si hubiera salido y alguien me hubiera visto, estaría muerta—, únicamente venía una empleada doméstica de vez en cuando y me traía comida. Ese día me prometí nunca más hacerlo enojar porque me dolía que me despreciara tanto y, temía no sobrevivir si lo hacía enfurecer otra vez. Era algo que lo caracterizaba, tenía muchísima paciencia —represión, diría yo— pero cuando cruzabas la línea de su buena voluntad, ya no había vuelta atrás, no te perdonaba y te hacía mucho, mucho daño. Nunca supe el motivo por el que no quiso jamás tener sexo conmigo, pero lo acepté. Supuse que la excusa era porque éramos hermanos y todas esas cursilerías. Todos tenemos derecho a tener intimidad y secretos, incluso los hermanos gemelos. Sospechaba que no le gustaba, no por ser su hermana, sino por parecer una niña.

—¿Te pasa algo? —me preguntó—

—Nada, estaba divagando, lo siento

Se durmió, podía sentir su respiración acompasada, sentía su corazón, sentía el olor de Leila. Lo impregnó pese a que no durmieron juntos. Pese a que se duchó. Me gustó, me gustó la mezcla de ambos, me satisfizo saber que llegaron a compartir la fibra más íntima sabiendo apenas el apellido del otro y que, a su vez, también la compartieron indirectamente conmigo. ¿Podían las personas tener tanta intimidad? ¿Qué es la intimidad? ¿Es necesario conocer al otro? ¿Es necesario que el otro sea partícipe para que pueda estar en tu propia intimidad? Era complejo el abanico de matices que tenía la situación, pero a la vez era totalmente

simple: congeniabas o no. Mi hermano congenió con Leila al punto de tener una erección en pleno bar, cosa que rara vez sucedía y cuando sucedía, se obsesionaba. Leila era perfecta para él, aguantó como campeona sus estocadas, un hombre enorme y además las gozó, equiparó su fuerza y lo hizo disfrutar como ninguna otra hembra; lo noté porque jamás durmió de este modo. Tan profundamente. Me giré para observar su rostro. Tenía un pequeño hematoma en la línea de la mandíbula. Me encendí de rabia. Leila era fuerte, curvilínea, alta. Leila era un problema. Tenía que despachar a Leila.

Sentí frío. Abrí un poco los ojos y vi la claridad de la mañana, los volví a cerrar. Busqué a mi hermano en la cama para que me abrazara manteniendo los ojos cerrados porque quería seguir durmiendo. No lo encontré. Amaneció y no estaba junto a mí. Me levanté silenciosamente para ver u oír lo que estaba haciendo. Me acerqué al baño y oí correr agua, se estaba duchando, a las seis de la mañana, en nuestro día libre, cuando siempre nos despertábamos tarde y nos quedábamos acurrucados viendo una película. ¿Quería sacarse el olor de Leila? Me pareció bien, tres en una cama era demasiado. Me alejé un poco de la puerta con la intención de volver a la cama cuando oí un gemido, luego otro y finalmente un suspiro. Se estaba masturbando. ¿No fue suficiente su encuentro con esa zorra? Debía estar pensando en ella. Eso era asqueroso, cómo se atrevió a masturbarse con ella en la cabeza estando a solamente un par de metros de mí. Sentí el odio subiendo por mis entrañas. Lo detesté. Los detesté a ambos.

En el joyero grande que estaba en mi tocador, en la parte de abajo, había un revólver. Me imaginé sacándolo y apuntando a ese maldito en las bolas cuando saliera del baño, me imaginé pidiéndole explicaciones y obligándolo a no sentir lo que se estaba gestando en su interior. Él no podría evitar sus emociones y en ese momento, lo mataría y me mataría yo también. Salí de mi fantasía cuando oí moverse la manilla de la puerta del baño. Volví corriendo a la cama y fingí dormir. Esperé a que cuando se acostara de nuevo no sintiera mi corazón desbocado por la sorpresa y los celos.

No se acostó.

Estaba buscando ropa en el armario. Se vistió y bajó. ¿Dónde demonios iba tan temprano? No me besó la cabeza. Siempre me besaba cuando se levantaba antes que yo. Muchas veces fingí estar dormida y solo por eso lo sabía, así como sabía que no lo hizo esa vez. Estaba embelesado, por eso sentía rechazo por mí. Él sabía que lo amaba como hombre y yo estaba al tanto de que él solamente me quería como a su hermana, aun así, me daba gusto y dormía conmigo y compartíamos abrazos como si fuéramos novios. Ese día "mi novio" decidió que ya no quería serlo. Pronto me diría "tenemos que hablar" y hubiera sufrido. Me dijo que me cuidaría cuando murieron nuestros padres y no lo estaba haciendo. Me golpeó, me hizo sentir enojada, no me alimentaba como se debe. Tomé asiento en la cama y clavé la vista en la pared. Me temblaban las manos y tenía

náuseas. Las náuseas del desengaño.

Dicen que el sentimiento más parecido al amor es la amistad. Nada más lejos de la realidad. El sentimiento más parecido al amor es el odio. Te obsesionas y piensas con fuerza en la otra persona. En ese momento te odiaba hermano mío, amor mío. Te odié por ignorarme. Te odié por no preguntarme qué me pasaba cuando era evidente que había llorado. Odié que no solo follaste a Leila, también la besaste y la abrazaste. Te odié porque no hacías eso conmigo. Odié que estuvieras desayunando sin mí. Te odié porque saliste sin mí. Te odié porque le dejaste tu número telefónico en la recepción del Verdi.

Mi hermano era un problema.

Tenía que despachar a mi hermano.

Necesitaba salir. Mi hermana estaba más insistente que nunca. Tocó mi pene cuando creyó que estaba dormido. Me estaba costando mucho trabajo contenerme, me hubiera encantado golpearla otra vez. No quería follarla, nació de mi madre. No podía ni lo deseaba. Cada vez que me hacía abrazarla sentía que la odiaba. Me daban ganas de abrazarla fuerte y lento, hasta que me dijera que se le estaba escapando el aire. Me hubiera gustado ver su desesperación cuando se diera cuenta de que no cedería. Sus intentos inútiles de zafarse de mi abrazo eterno. Su cuerpo lánguido cuando se le fuera la vida. Prometí cuidarla, realmente lo intenté, pero me sacaba de mis casillas que estuviera controlándome y tratando de seducirme todo el tiempo. Aún no revisaba mi teléfono, pero pronto lo haría. Quería a mi hermana, como era antes, antes de darse cuenta de que no crecería, de que se estaba volviendo diferente a mí. De que ya no éramos una copia del otro. Antes de que se trastornara.

Leila me escribió la noche anterior. Solamente para verificar que el número que dejé en la recepción del Verdi no era un número falso. Esa mujer realmente me gustaba. Me dijo que estaba libre ese día y que quería un encuentro "matutino". Pasó la noche en el Verdi. Llegué y comenzamos a follar como si no nos hubiéramos visto en un año.

Nuevamente, miré ese techo, nuevamente sentí su brazo junto al mío. Esa vez ella me abrazó y puso su cabeza en mi pecho. No supe cómo reaccionar. La regla era no crear lazos. Como si hubiera leído mi mente me pidió que me relajara, que solo estábamos descansando. Me relajé y se sintió estupendo. Mi teléfono comenzó a vibrar. No contesté porque ya sabía de quién se trataba. Tres en una cama era demasiado. Me sorprendió el pensamiento que cruzó mi cabeza cuando el teléfono comenzó a vibrar. "Maldita niña". Ni más ni menos. Para limpiar mi mente volví a ese lugar, deslicé mi mano por la espalda de Leila, llegué a su glorioso trasero y dejé mi mano apoyada en él. Ella bajó la mano que tenía en mi pecho y la posó en mis testículos. Lo inevitable volvió a suceder. Estaba en las nubes y ella también.

—¿Quieres almorzar conmigo?— pregunté antes de siquiera pensar en las posibles consecuencias de esta cuestión

—Sí, aunque creo que sería más adecuado desayunar. Digo, por la hora —me guiña un ojo—.

—Me parece perfecto

—Me ducharé primero

La vi en todo su esplendor mientras caminaba al baño, dio un giro y al ver mi sorpresa, me sonrió y entró a la ducha. Su cuerpo desnudo iluminado por la luz de la mañana quedó tatuado en mi memoria. Sus curvas, sus muslos torneados, la fluidez de sus senos. Su linda cara.

El teléfono volvió a vibrar. Opté por apagarlo, sintiendo la alegría de que me importaran un bledo los celos de mi hermana. Era evidente que estaba despierta en la mañana. Estaba tensa, con las mejillas encendidas. Estoy seguro de que oyó lo que sucedía en el baño. Hasta en eso quería meterse.

Era muy fácil odiar. Sentir deseos de que el otro sufriera, que llorara, que muriera.

Leila y yo llevábamos un mes con nuestros encuentros, cada vez más largos, más íntimos, más libres. Al parecer mi hermana había aceptado nuestra "relación" —así es, después de todo lo que habíamos compartido, esa mañana le pedí a Leila ser mi novia y aceptó—. Mi hermana ya no hacía berrinches cuando sospechaba que saldría con Leila y se buscó un pasatiempo, algo extraño, pero pasatiempo al fin. Decidió dedicarse al bar, administrar de día y supervisar por las noches. Me dijo que se sentía un poco obsesionada con mi compañía por tener demasiado tiempo libre. Se dio cuenta de que la individualidad de cada uno debe ser respetada. Sonó mi teléfono.

—Hola, hermanita, dime

—Hola, ¿te puedo hacer un encargo, ya que estás fuera?

—Claro

—Necesito que compres unas flores, es el cumpleaños de una amiga y le gustan los claveles blancos. No puedo salir, estoy ocupada con el costo.

—No te preocupes, compraré un ramo hermoso. Tengo una noticia que darte, le pedí a Leila que sea mi novia y aceptó-

Hubo un silencio que no supe interpretar, cuando estaba por preguntarle si se sentía bien, me felicitó y me dijo que se alegraba mucho por mí-

—¿Dónde estarás durante la tarde?, para recoger las flores —dijo monótona-

—Puedo enviártelas con un servicio de mensajería

—Prefiero ir por ellas, así aprovecho de felicitarlos en persona por su noviazgo.

Le di la ubicación del parque en el que estaríamos de pícnic. Mientras esperábamos le regalé un clavel a Leila. Sería nuestro secreto. Vi llegar a mi hermana y me llamó mucho la atención su forma de vestir; traía puesto un vestido blanco de un diseño extremadamente infantil. ¿Qué necesidad tenía de lucir de la forma que más odiaba? Cuando se acercaba tenía una expresión sombría en el rostro. Una expresión muy similar a cuando le informé un par de semanas antes que volvería a mi cuarto porque ya no me sentía cómodo durmiendo con ella. Puso esa misma cara, pero lo aceptó sin reclamos. Supuse que era una forma más madura de hacer berrinches, la cual por su puesto no me convencería ni me haría

cambiar de opinión, pero si le servía para desahogarse, bienvenido era. Leila miró en la dirección en la que estaba enfocado y vio a mi hermana. Ellas aún no se conocían en persona, solo sabían lo que oyeron una de la otra a través de mí.

—¿Ella es tu hermana?

—Así es

—Es adorable

—Gracias

Nos pusimos de pie para recibir a mi hermana y besé a Leila en los labios. Mi hermana, a un par de metros de distancia, se detuvo en seco, levantó el brazo derecho totalmente extendido y apuntó a Leila con un revólver. Quedamos fríos, no nos movimos. El hecho de que te apunten con un arma es más que suficiente para no hacer movimientos bruscos.

Únicamente quedaba intentar razonar.

—¿Qué haces? —pregunté

—¿No te das cuenta, maldito idiota? Voy a matar a esta zorra. Se pasó de la raya-

Leila tenía una personalidad fuerte, y nunca supe si habrá sido la adrenalina, el colmo de tener que verme cada hora reportándome con esta hermana celosa o el hecho de haber sido insultada lo que la sacó de sus casillas.

—¿A quién llamas zorra, enana de mierda? - dijo mientras su rostro se crispaba, irguiendo su cuerpo para verse más alta y ser más intimidante. A su vez, para humillar a mi hermana— me importa un carajo tu pistola de juguete, a mí no me hablas así. ¿Crees que no he notado lo obsesionada que estás con él? Eres una niña perversa que se masturba pensando en su hermano, ¿verdad?—.

No daba crédito a lo que oía, ¿tan evidente era la disfuncionalidad de mi familia?, en mi interior estaba deslumbrado, ya que esa mujer, ese mujerón, se atrevió a decir lo que estaba guardado en mí desde hacía años. Por otra parte, me dolió haber llegado a ese punto, amaba a mi hermana, pero estaba descontrolada. Estaba celosa al punto de apuntarnos con un arma, que yo sabía no era de juguete; era el arma que tenía escondida en el joyero. Intenté cubrir a Leila, pero esta no me lo permitió, me empujó.

—¡No necesito que me defiendas!, debiste ponerle límites a tu hermana desde hace mucho tiempo —se dirigió a mi hermana— baja esa arma porque te vas a ver envuelta en un problema enorme —poniendo énfasis en esa última palabra, para nuevamente, burlarse ella—.

Mi hermana temblaba, no daba crédito a que alguien que estaba siendo apuntado con un arma fuera tan atrevido. Le gritó que se callara, pero Leila siguió con su parloteo. En un momento, mi hermana se secó rápidamente las lágrimas que tenía en los ojos y Leila aprovechó de darme un pequeño codazo en las costillas. Se volvió hacia mí y mientras mi hermana nos apuntaba aún con su arma, me guiñó un ojo y comprendí: estaba haciendo tiempo para que algún transeúnte que hubiera notado el escándalo y visto la pistola, llamara a la policía. En ese caso lo obvio hubiera sido intentar disuadirla, pero Leila fue más

astuta, estaba segura de que mi hermana se daría cuenta de que le diríamos solamente lo que quería escuchar con tal de desarmarla, por lo que apostó por lo opuesto, insultarla y luego comenzar una pelea conmigo, a riesgo de su propia vida.

—Me siento arrepentida de haberte dicho que sí, lo que menos quiero son problemas. ¡Suficiente he tenido con los idiotas a los que tengo que cuidar para además tener que tener un triángulo amoroso con tu hermana!

—¡Deja de insultarla, no tienes ningún derecho!

—¡Tengo todo el derecho del mundo!, es conmigo con quien te acuestas, y yo jamás te pido explicaciones ni te exijo que cumplas horarios

—Mi hermana no tiene nada que ver con lo nuestro, solo es mi hermana por Dios!

Opté por decir esto último para sacar a Leila del papel de "enemigo en común" en el que ella misma se había metido. Funcionó porque a medida que discutíamos, nos insultábamos y la insultábamos a ella, comenzó a alternar la pistola. Apuntaba a Leila, me apuntaba a mí.

Se oyeron sirenas. Alguien llamó a la policía.

Mi hermano nuevamente salió. Había aprovechado muy bien sus vacaciones —follándose a Leila seguramente—, ya que no pasaba por la casa y ese año no viajó.

Decidí no molestarlo más con mis celos porque noté que lo estaba alejando de mí y opté por usar mi tiempo en algo más que obsesionarme con la "amistad" que mantenía con su culona amiga. Decidí verla como lo que era, un vulgar pasatiempo. Al final, él siempre estaría junto a mí. Estábamos juntos desde el comienzo de nuestra existencia. El primer latido de nuestros corazones, nuestro cumpleaños, nuestros pensamientos más profundos, nuestra sangre. Nos pertenecíamos y eso nadie lo podía cambiar. Independiente de quién fuera la acompañante de turno. Él era mío.

Le fui fiel y me guardé para él. Solo lo había besado a él —aún no lo sabía, pero le besaba los labios cuando dormía— y únicamente haría el amor con él. Por siempre.

Mientras pensaba en todo esto y permitía que viviera su aventura con la zorra de turno, subió a nuestra habitación:

—Tenemos que hablar —me dijo, no me gustó su tono, pero evité discutir y lo escuché con atención —volveré a mi habitación porque me siento más cómodo durmiendo solo. Espero que no te moleste. Sé que eres friolenta, por lo que indiqué a los empleados que además de sacar mi ropa de aquí, pusieran tu cubrecamas de lana —no pude evitar mi malestar. Se notaba en mi rostro—.

—¿Por qué? —fue lo único que pude decir mientras las lágrimas comenzaban a aflorar en mis ojos —y no me mientas porque lo sabré

—Francamente, me molesta tu presencia en la cama después de estar con Leila. Siento que estás fuera de lugar, además, ya no somos niños, no podemos estar pegados todo el día y toda la noche como les gustaba a nuestros padres. Cada uno necesita su espacio para formar su propia

identidad. Necesito mi individualidad-

Giré para darle la espalda. Me calmé para no cometer el patético acto de rogar con la voz temblorosa. Aclaré mi garganta y solo le dije "está bien". Fue sorprendente la rapidez con la que huyó de mí. En menos de una hora ya tenía todo listo. Estaba sola, con una pesadez en el pecho que a él no le importó. Luego de llorar una hora y ver que nunca llegó a ver si yo estaba bien con el cambio, tomé una decisión, le permitiría divertirse todo lo que quisiera, pero no se comprometería. No puede. No debe dejarme sola, y si no logra entenderlo por sí mismo, yo se lo haría entender. Un arma era excelente para que las personas entendieran cosas. Pasó un tiempo y mantuvimos todo en paz.

Se acercaba el cumpleaños de una amiga a la que estimaba mucho y quería regalarle algo que le gustara, pero a su vez, que fuera significativo. Llamé a mi hermano para pedirle que comprara un ramo de claveles blancos, que según recordaba le gustaban mucho a mi querida amiga y me dijo que estaba de novio con la tal Leila. La impresión fue tal que no pude articular palabra, seguido a la impresión, sentí el odio profundo y pesado que me había estado oprimiendo el corazón desde hacía tiempo. No ibas a hacerme esto, no te lo permitiría. Le pedí encontrarnos con la excusa de que preferiría retirar el ramo en persona y conocer a la famosa Leila. En el fondo de mi alma, ya sabía que esto iba a suceder y ya tenía un plan para ello, aunque fuera a la cárcel, no permitiría que lo alejaran de mí. Eso no pasaría.

Me puse un vestido blanco de mi niñez, que guardé como recuerdo, ya que a mi madre le encantaba y no me maquillé. De ese modo la gente solo vería a una muchachita que iba al parque y no a una persona que portaba un arma.

Tomé un taxi y le indiqué como destino el parque en donde los tortolitos estaban haciendo su pícnic. Intenté distraerme oyendo al periodista en la radio.

... Tres antisociales fueron detenidos esta mañana luego de cometer un robo con violencia en un almacén del sector norte de la ciudad. Este trío de amigos llevaba planeando el robo hace varias semanas, luego de que uno de ellos fuese despedido del mismo lugar. Más información luego de la pausa comercial...

Amigos de lo ajeno, abundan por doquier. Bajé del auto y comencé a buscarlos. En un sector muy abierto, que tenía una gran vista, estaban ellos, comiendo sobre una de las mantas de mi madre, gastando el dinero de mi padre y engañándome a mí. La falta no podía ser más grave y toda la culpa la tenía esa gorda buscona que fue a seducir a mi hermano al bar. Los observé por unos minutos: se besaban, reían, comían. Todo sin mí. Me marginaron. Vi el ramo de claveles blancos y era hermoso, mi amado hermano se esmeró en buscar uno bello. En ese momento sacó uno de los claveles del ramo y se lo ofreció a ella. ¡Cómo se atrevió! Ese ramo era para mí, yo se lo pedí y él lo estaba desarmando para hacerle regalos a esa maldita rompe hogares, ¡la odiaba tanto!

Empecé a oír un pitido en los oídos y como si hubiera sido una señal de partida, mis piernas se movieron, comencé a caminar hacia ellos. A varios metros de distancia mi hermano me vio y se lo comentó a la zorra. Ella se apresuró a esconder el clavel en su bolso. A la vez saqué el arma que tenía en el mío. Se pusieron de pie y me miraron como si no hubieran hecho nada malo. La oí decir "es adorable". ¿Es adorable? ¿En serio? ¿Acaso era tan difícil ver que era toda una mujer? Como ella. Era su rival y ella me miraba de manera condescendiente, como si fuera una niña. Luego mi hombre la besó. Eso fue el colmo. Solo venía a asustarla con mi arma, para que pensara que éramos una familia con problemas y se alejara de él. En ese momento decidí matarla.

Leila era un problema.

Tenía que despachar a Leila.

Los apunté con mi arma. La apunté a ella con mi arma. Me insultó. Le grité que se callara. Las lágrimas no me dejaban ver y me las sequé. Iba a dispararle. Mi hermano me insultó también. Maldito traidor. Tenía diez tiros. Alcanzaban para todos. No era justo que ella lo tuviera todo. Porte, curvas, un alma fuerte, independencia y el amor de mi hermano. Yo quería todo eso para mí.

Era valiente, no se escondió detrás de él y simplemente me enfrentó. Aun con un arma yo era tan poca cosa para ella que no se asustó. La odié. La odié tanto. La odiaré por siempre. Yo merecía todo lo que ella tenía, yo había sufrido más en la vida. Yo había llorado más. No solo eso, sino que yo era más pura, más limpia, no me acostaba con un hombre el mismo día de conocerlo. Mis padres murieron. Yo había sufrido más. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Los sequé rápidamente, no les daría el gusto de verme llorar.

Una sirena me sacó de mis pensamientos. Alguien vio el espectáculo y llamó a la policía. Trataron de engañarme otra vez. Como se atrevieron. Me había decidido, la mataría, a plena luz del día. No pude contenerme, no pude premeditarlo, la odiaba demasiado. No se merecía su vida. Yo sí. Apunté a su vientre, para que sintiera mucho dolor antes de morir. Mis balas eran de calibre pequeño, por lo que no atravesaban los cuerpos, se quedaban rebotando dentro. Apreté el gatillo.

Mi hermana oyó las sirenas y enfocó nuevamente la mirada que fue más allá de nosotros por unos pocos instantes. Se dio cuenta de la jugarreta. Podía sentir su odio. Apuntó a Leila, su pequeña uña se empezó a poner blanca por la presión que puso en el gatillo. Me lancé hacia la trayectoria de la bala. No era amor hacia Leila lo que me movía, nadie ama en un mes, pero era lo justo, prometí ser responsable de mi hermana y eso incluía recibir el daño que ella quisiera provocar a otros. Caí y por un momento creí que la bala no me había dado, hasta que sentí un dolor indescriptible en las entrañas. Dolía tanto que no podía tomar aire, no podía emitir ningún sonido. Comencé a toser y no me di cuenta de nada a mi alrededor, solamente que al toser salpiqué los claveles con sangre. Era hermoso y macabro a la vez. Oí a mi hermana gritar "esto es tu culpa" y disparar otra vez. Leila también había sido herida. Cayó cerca de mí. No

pude ver su cara, pero vi su hermoso cabello negro caer como la seda sobre el césped. No se movía. Llegó la policía, le gritaron a mi hermana que tirara el arma. Ella me miró con los ojos muy abiertos; supuso que estaba muerto e intentó acercar el arma a su sien. La policía la perforó. Vi lunares rojos en su pequeño vestido blanco. Era como una niña que manchó su ropa con helado. Cayó de rodillas y luego sobre su vientre, intentó meter aire en sus pequeños pulmones mientras gateaba hacia mí. No me alcanzó. Ya no sentía dolor, veía el cielo más azul que nunca, sentí un líquido tibio bajo mi mano. No sabía si era mi propia sangre o la de mi hermana. Supuse que tenía que ser así. Nacimos juntos, moriríamos juntos. Era lo mejor, este mundo no era para ella. No era aceptada ni comprendida debido a su aspecto y a sus pasiones. Vi los claveles. Eran hermosos. No podía respirar.

Le disparé sin querer a mi amado hermano. No pude más con mi furia y luego de culpar a esa mujer, le disparé en la cara. La vi caer. Había policías detrás de mí, no podía oír lo que decían, ya que mi hermano estaba muriendo. Por mi culpa. No pude cuidarlo y no fui suficiente mujer para que me amara. Decidí morir a su lado. Acerqué el arma a mi sien cuando sentí un dolor punzante en varios puntos de mi espalda. El frente de mi vestido ya tenía lunares rojos. Estaba muy herida. Intenté llegar a mi hermano. No pude. Caí de rodillas y luego sobre mi vientre. Vi los claveles. Eran hermosos. No podía respirar.

Oí un pitido persistente. No quería abrir los ojos. Sentí unos pasos y un par de improperios que finalizaban con "puta bomba que no deja de sonar"; los pasos se alejaron. Abrí los ojos de golpe cuando escuché la voz de Leila.

—Buenos días

Intenté sentarme y hablarle, pero solo podía mover los ojos y los dedos de una mano. No entendía qué sucedía, no recordaba nada y empecé a hiperventilar. La cara de Leila entró en mi campo visual. ¿Siempre tuvo esa cicatriz en la mejilla?

—¿Qué sucede? Señor cálmese, está en el hospital, mi nombre es Leila y soy su enfermera.

¡Qué carajos sucede! ¡Estoy paralizado!

—Señor, cálmese —luego, mirando hacia otra dirección, gritó— ¡traigan el monitor!

Sentía que me ahogaba, me dolía el pecho. Controlaron mis signos vitales. Llegó el médico, metieron algo en mi suero con una jeringa, me sentí mareado, sentí que flotaba. Todo el mundo se calmó.

Aún no lograba comprender lo que me sucedía, conté una semana desde que "desperté". Todos los días un grupo de enfermeros, entre los que se encontraba Leila, se relataban mi historia brevemente, "encefalopatía hipóxica", era mi diagnóstico. Me sacaban sangre, me tomaban la presión

sanguínea, me alimentaban con una manguera insertada directamente en mi estómago, la fonoaudióloga me metía papillas en la boca, las que intentaba tragar con todas mis ganas, empresa sin éxito por lo que podía ver en sus ojos. Era un desperdicio de hombre, entendía todo en mi entorno, pero no podía usar mi cuerpo a mi antojo. Era tan humillante que chicas tan jóvenes y delicadas estuvieran cambiando mis pañales. Pañales de un hombre adulto que las duplicaba en tamaño.

Después de varias sesiones de ejercicios, el kinesiólogo me ayudó a sentarme por lo que podía ver todo a mi alrededor. En mi mesita de luz vi dos muñecos, un muñeco largo con expresión aburrida, a su lado, una muñeca con la misma cara que el anterior con un vestido blanco de lunares rojos. Se me revolvió el estómago. Un recuerdo vago inundó mi mente. Una chica menuda con un vestido blanco, cayendo. Su dolor me invadía y yo caía con ella. También veía caer a Leila, no tenía la cicatriz en su mejilla. Las lágrimas comenzaron a rodar por las mías sin explicación. El kinesiólogo me consoló y me dio ánimos; pensó que lloraba por mi condición. Me frustraba no entender por completo ese recuerdo. Solamente podía reflexionar sobre él, era lo único que podía hacer todo el día.

Una tarde Leila se sentó en mi cama. Me miraba de una forma diferente, como si me conociera, como si me tuviera lástima.

—No lo recuerdas, ¿verdad?, el porqué estás aquí. Supe que lloraste cuando viste los muñecos. Los mandé a hacer para ti. El día que los traje te leí una historia, fue de terror, sobre una pareja de gemelos. Un hombre y una mujer, disparos y muerte. Creo que quedó en tu mente y por eso lloras cuando los ves. Nada de eso fue real, fue solamente un cuento. Cuando ingresaste al hospital llegaste solo, te trajo una ambulancia. Te recogieron en la carretera después de un choque, ¿o no?

Luego de reír al ver la expresión de mi cara me dijo: "Solo juego contigo, de lo poco que recuerdas, todo fue real".

Puso un mechón de cabello detrás de su oreja, lo que despejó la cicatriz que tenía en la mejilla, tenía una forma extraña, como de estrella. La repasó con la yema de los dedos y con la mirada perdida se dijo a sí misma en voz alta "antes era muy hermosa". Su mirada cambió y se llenó de ira. Me miró y dijo "qué demonios, si de todas formas no podrás hablar nunca", con un movimiento mínimo sacó una jeringa de su bolsillo. Le quitó la aguja, metió la mano por debajo de mi sábana y acercó mi pie a su cadera, fuera de la vista de cualquier alma que pasara por fuera de mi habitación. Abrió mis dedos y entre ellos clavó la aguja. No podía gritar pese a que me dolía como los mil demonios. Comenzó a raspar uno de mis huesos con la punta de esa aguja. El dolor era indescriptible y una vez empapado en sudor, a punto de desmayarme, volvió a decirme cosas que no entendía. Lo hizo en un tono delicado, casi un susurro. Un secreto.

—Nunca voy a cansarme de hacerte esto. Por culpa de tu puta hermana tengo esta marca en la cara. Mi vida se acabó por su causa, enfermos de mierda. Debieron follarse entre ustedes y dejar al resto de la humanidad en paz. Imagino que tus padres eran primos o algo así. La gente enferma

nace de gente enferma. Probablemente por eso esa perra no creció. No, no, no. No te atrevas a desmayarte —dijo mientras volvía a mover la aguja— ahora que estás avanzando y me reconoces voy a hacerte llorar cada vez que pueda. ¿Recuerdas que mataste a tu hermana?.

No daba crédito a lo que oía. No. ¿Tenía una hermana? ¿Qué era verdad y qué no en lo que me relataba Leila?. Sabía que la recordaba, pero no tenía nada claro. El dolor desapareció. No me di cuenta cuando se puso de pie e inyectó algo en mi suero. Tenía sueño. Vi que limpió mi pie, que lo volvió a esconder, vi sus ojos encendidos de ira. Dijo que me odiaba.

Oscuridad.

Ya había pasado un mes desde el incidente con mi pie. Nadie lo notó. Lo bueno fue que esa situación me dio fuerzas y ánimos para acercarme lo más posible a un estado óptimo de salud. No había visto a Leila desde entonces, había oído decir a las otras enfermeras que estaba con licencia médica, sin dejar de notar cierto tono cuando decían “treinta días” mientras alzaban las cejas. Cuando supe de qué se trataba, me sorprendió lo desconfiada que puede ser la gente. Era una licencia médica emitida por un psiquiatra, que según la jerga hospitalaria, era la licencia que se usaba cuando no querías trabajar.

Dos meses sin Leila. Ya podía comer por boca y mover mi cuerpo para cumplir órdenes simples. Podía articular un par de palabras. Me darían el alta al día siguiente. Finalmente, podría saber qué era verdad y qué no respecto a lo que me decía Leila. No sabía qué creer, ya que nadie nunca vino a visitarme. Por suerte tenía una cuenta de luz en mi billetera la que contenía mi dirección, un par de tarjetas de crédito de las que recordaba la contraseña y la autorización de mi médico tratante para hacer yo mismo, mis trámites de alta y gestionar mi salida del hospital. Contraté a un paramédico por un par de horas para que me acomodara en mi casa y luego me dejara solo. Podía caminar con ayuda de un bastón, tenía la cara torcida y me costaba hablar, pero estaba vivo. Miré en la pared unas fotos mías, con lo que podía justificar mi estancia ahí en caso de que llegara alguien. No podía recordar nada. Mi cerebro quedó lastimado.

La casa estaba en perfecto orden y limpieza. Al parecer tenía a una persona de servicio que se encargaba de eso. Estuve meses sin pagarle. ¿Por qué siguió viniendo?. Me encontraba sentado en la sala cuando oí una llave acercarse a la cerradura y luego abrir la puerta. Era una muchacha joven, que aparentemente tenía las llaves de mi casa. Cuando me vio dio un grito de susto y cuando fue corriendo al teléfono, probablemente para llamar a la policía, me miró con más detenimiento y me reconoció.

—¡Señor! ¡Oh por Dios! ¡Esto es un milagro! —sollozó poniéndose de rodillas frente al sillón en el que me hallaba sentado apoyando una de mis manos en su cara.

—¿Quién eres? —pregunté avergonzado

La ofensa se reflejó en su rostro, seguida de una enorme lástima. “Oh, señor, qué le han hecho” me dijo en un suspiro. Me preparó comida (papilla), me ayudó a comer y luego me contó mi historia. Me mostró todos los periódicos. Tenía una hermana gemela; a la que no recordaba y

que murió frente a mí, tenía una novia que era enfermera cuyo nombre era Leila, estaba solo en el mundo con una cuenta con dinero suficiente para vivir modestamente el resto de mi existencia sin tener que trabajar. Me explicó que tenía un administrador muy honrado que se encargó de los pagos a los empleados, servicios, etcétera, quien sabía que yo estaba en el hospital, pero que decidió que la mejor forma de demostrarme su afecto era hacer muy bien su trabajo más que ir a sentir lástima de mí. Lloré amargamente. Las lágrimas brotaban como consecuencia de la frustración más que de la pena. No podía recordar nada. Veía fotos, vídeos, olía fragancias en mi hogar y no reconocí nada. Mi amable empleada se encargó de mí hasta que me dejó en mi cama, arropado y con mucho sueño. Puso una silla junto a mi cama y se sentó.

—Estaré bien, Señor, ya estuve meses sin poder apoyarlo, permítame ahora por favor, no se preocupe, con los días recordará todo.

Se lo agradecí mucho. Afortunadamente, mi cuerpo reconocía este colchón y dormí muy a gusto. Luego de unas horas desperté con un ruido. El ruido que hizo la revista de mi empleada al caer. Imaginé que andaba por ahí y seguí durmiendo. Mi tranquilidad terminó cuando sentí un dolor punzante en la pierna. No pude gritar, me sentía adormecido y mareado. Abrí los ojos, Leila estaba al pie de mi cama, en total silencio, con una jeringa en la mano y con el dedo índice cruzando sus labios en señal de silencio. Mi cuidadora dormía plácidamente gracias a un tranquilizante inyectable administrado por Leila. Supuse que también me había dado uno a mí. Leila se metió en la cama conmigo y nos cubrió a ambos con la gruesa colcha. Me envolvió con su pierna y susurró a mi oído "ahora nos vamos a follar con tu hermana en el infierno". Sacó otra jeringa de su bolsillo trasero cuyo contenido me inyectó en el hombro. Comencé a convulsionar.

... Un macabro hallazgo fue expuesto hoy por una empleada doméstica en el sector centro de la ciudad. Se trata de un joven y su novia quienes aparentemente cometieron suicidio inyectándose insulina. Las autoridades refieren que el joven acababa de salir del hospital donde fue atendido luego de un tiroteo en el que falleció su hermana y que su novia pasaba por una fuerte depresión. La joven en cuestión era enfermera, por lo que se asume tuvo fácil acceso al fármaco. Más información luego de la pausa comercial ...